

HISTORIA POLÍTICA CHILENA E HISTORIA GLOBAL ¿CÓMO? ¿POR QUÉ?

Marcelo Casals¹

Antes que todo, muchas gracias por la invitación a la gente de la Revista SED, que ya me han invitado por segunda vez en dos años. Es realmente un honor y, por cierto, un gusto venir acá a la USACH de vez en cuando.

Lo que les quiero contar -en términos necesariamente esquemáticos- son dos cuestiones. En primer lugar, una introducción muy general de ciertos aspectos metodológicos y teóricos de lo que yo entiendo en la historia global, a pesar de que no existe consenso absoluto. No hay, en efecto, una definición taxativa de lo que es o no es la historia global, lo que en sí mismo puede ser una oportunidad para desarrollar una visión más creativa de esta aproximación metodológica. Después, en un segundo momento, intentaré aplicar todo esto a una investigación que estoy desarrollando en torno al impacto global del golpe y la dictadura chilena, y de la que aún me falta mucho.

Lo primero que habría que mencionar al respecto es algo que seguro le han enseñado ustedes en cursos de historiografía o afines: el hecho de que la historiografía tiene historicidad, es decir, que es sensible a las dinámicas de la época en la que se desarrolla. En otras palabras, eso significa que las formas que desarrollamos para representarnos al pasado están insertas en las convenciones y mentalidades de la época que realiza esa operación, y que por tanto busca respuestas en el pasado

.....
¹ Doctor en historia de América Latina por la University of Wisconsin-Madison. Académico de la Universidad Finis Terrae. mcasals@uft.cl
<https://orcid.org/0000-0001-6746-4473>

a partir de sus propias categorías. Para el caso que nos compete, eso explica muy a grandes rasgos el auge ya de hace de un par de décadas o un poco más de lo que se conoce como historia global. En buena medida, el escenario que habilita la emergencia de esta aproximación es algo que podemos experimentar nosotros mismos en nuestra vida cotidiana: nuestras vivencias, consumo cultural, ropas, comportamientos, actitudes, costumbres, etcétera, no son posibles de explicar de acuerdo a un estricto encuadramiento nacional. Nuestro acceso contemporáneo a la comunicación, a los flujos culturales, a la información, hace rato que rompieron esos moldes. La forma en que habitamos el mundo, con las desigualdades del caso, pero aun así de manera cada vez más masiva, se ha convertido en una experiencia global. En ese contexto, preguntarse sobre las conexiones y circulaciones que sean constituyentes de fenómenos históricos significativos, aun cuando estén anclados en escalas locales, no nos debería parecer algo descabellado.

En cierto modo, las explicaciones históricas tienen que hacerse responsables de una situación que es inédita, radical y que quizás por lo reciente que es aún no dimensionamos la ruptura cultural que ella implica. A mis estudiantes siempre les doy el ejemplo: yo no soy demasiado viejo (o me gustaría pensar eso) y cuando era adolescente no existía internet, o bien tenía una dimensión muy reducida. Recién como a los 17 años, algo así, pude acceder a internet de manera algo más sostenida, aunque por esa época el tipo de funciones e información a la que se podía acceder era sideralmente más pequeña de la que existe hoy. Insisto, entonces, en lo reciente del fenómeno. Ustedes podrían hacer el ejercicio de imaginarse una vida sin internet hoy y así podrían dar cuenta de la radicalidad del asunto.

Evidentemente, no hay que exagerar aquel proceso que usualmente se conoce como globalización y que encierra todo aquel cúmulo de procesos de intensificación de las interconexiones que la mayoría de los estudiosos rastrea más o menos desde los años 70 hasta la fecha. Existieron, y siguen existiendo, visiones que a la luz de los acontecimientos podrían parecernos ingenuas, en el mejor de los casos, como aquellas narrativas celebratorias de la unificación del mundo en una “aldea global”, el fin de la historia y el advenimiento de un futuro liberal y tecnificado, sobre todo después del final de la Guerra Fría en los años 90. La experiencia cotidiana global, no es necesario profundizar esto aquí, no ha hecho des-

aparecer los conflictos, los nacionalismos y particularismos de cualquier índole. Aun así, y este es el punto central, una perspectiva global que no caiga en esas teleologías (muchas de ellas anglo-eurocéntricas) es necesaria incluso para entender aquellos conflictos específicos y particulares de nuestro presente en crisis. Dicho de otra forma, no hay que abrazar la narrativa triunfalista de la globalización para hacer historia global. En muchos casos, es todo lo contrario.

Esto lo podemos ver, por ejemplo, en el auge de las derechas radicales o ultraderecha, como las quieran llamar, es decir, nacionalistas conservadores que se coordinan entre ellos en diferentes lugares del mundo, a veces con un discurso “antiglobalista” explícito. Aun así, se juntan, discuten, intercambian ideas y estrategias. Es decir, incluso las reacciones nacionalistas y particulares a la globalización (o al menos a su versión liberal y multilateral) también se ven profundamente moldeadas por ese mismo proceso. Entonces, para volver a la pregunta que nos convoca, ¿qué sería la historia global o de qué forma responde la historiografía a esta realidad radicalmente novedosa? En mi entendimiento de estas cosas, lo que caracteriza una perspectiva de historia global es el foco en las conexiones y circulaciones, eso es el elemento que la define.

Esquemáticamente hablando, podemos decir lo siguiente: en la modernidad hemos experimentado un incremento creciente de las interacciones a nivel mundial, siendo el ejemplo que les di de internet, quizás, su más reciente expresión, pero que se inscribe en un proceso mucho más largo aparejado a la expansión europea y a la expansión del capitalismo desde hace unos 500 años hasta nuestros días. Es algo que, evidentemente, requiere de más explicación, pero por razones de tiempo sólo lo dejaré enunciado. Esos procesos de crecientes interacciones han impactado de forma significativa en fenómenos históricos y a sujetos y colectivos de distinto tipo. En nuestra época, esa dimensión de la realidad histórica ha devenido en fundamental para la comprensión de un conjunto significativo de fenómenos circundantes. Ahora bien, esto no significa que esta perspectiva deba ser absolutizada. Para decirlo claramente: no cualquier fenómeno histórico es apto para ser estudiado desde una óptica de historia global. En la medida en que no haya estado afectado de forma significativa por interacciones históricas, entonces esta aproximación no nos diría gran cosa. O sea, la historia global es útil en la medida en que esas interacciones sean constitutivas o nucleares con

respecto al fenómeno que nosotros queramos investigar. Ahora bien, como señalé antes, el foco en la densidad creciente de interacciones no nos debería hacer llegar a nociones teleológicas, triunfalistas o etnocéntricas de dichos procesos. De hecho, la historia global, al menos a nivel de declaración de intenciones no siempre cumplidas, busca anteponerse a dos vicios, errores o a formas limitadas de comprensión de fenómenos históricos: el nacionalismo metodológico y el eurocentrismo.

El nacionalismo metodológico, muy brevemente, es un enfoque que asume a la nación como una realidad natural, y no como una construcción histórica (y, por ende, sujeta a cambios, como toda construcción histórica). La nación y las instituciones estatales que la limitan o que la sostienen son relativamente recientes en la historia. En este lado del mundo, por ejemplo, tienen algo más de 200 años, aunque se podría discutir incluso un periodo más corto en virtud de las dificultades que se han verificado en la consolidación de Estados-nación en distintos lugares. La reflexión histórica sobre estos problemas es un campo de estudios antiguo y dinámico, y en general suele ser una especie de antídoto contra perspectivas que podrían caracterizarse de nacionalismo metodológico. El problema se da cuando entendemos que la nación es una realidad natural y limitamos la comprensión de los fenómenos a las fronteras de una nación. Ella igual afecta, por cierto, a lo que usualmente -o antes- se conocía como historia internacional, sobre todo a su definición mínima como interacción entre naciones y sus representantes, con escasa atención a fenómenos que no se ajustaban a esos canales institucionales y territoriales. La historia global, por las razones ya expresadas, se antepone a este tipo de perspectivas al centrar la mirada en procesos que atraviesan esas fronteras y al visualizar a las naciones y sus instituciones como procesos históricos contingentes.

En segundo lugar, la historia global también aspira a anteponerse y a desestabilizar el (anglo)eurocentrismo o, en general, aquellas visiones que entienden las conexiones históricas desde un determinado centro hacia distintas periferias de forma unidireccional. Esto suele simplificar en extremo procesos históricos complejos en la medida en que, y como les mostraré ahora, aquellas interacciones de las que la historia global se ocupa pueden ocurrir en cualquier dirección y así, de hecho, ha sucedido usualmente la historia. Esto además fundamenta aquella idea de que la historia global no es una historia mundial, es decir, no es necesario

hablar del mundo completo para hacer historia global en la medida en que, insisto, el foco son las interacciones. En ese sentido, podemos estudiar fenómenos específicos -a veces excesivamente específicos, como una sola vida-, desde el foco de aquellas interacciones transnacionales que lo constituyen. Entonces, lo local y lo global no son fenómenos antagónicos, sino más bien complementarios. Si es que entendemos que la historia global no es una historia mundial, entonces la pregunta que usualmente emerge en esos casos es: ¿cuáles son las superficies y geografías que se usan para estudiar fenómenos desde una óptica de historia global? Como usualmente se responde a estas cosas: depende.

El espacio geográfico que vamos a incorporar al estudio de un fenómeno desde una óptica de historia global depende del fenómeno en sí mismo. De ahí que, por ejemplo, hoy día se hable de historia del Asia Pacífico o de historia atlántica. Esa espacialidad va a depender de la densidad de interacciones que nosotros identifiquemos y ante las cuales nosotros estemos interesados. Eso a un nivel muy general. ¿Cómo lo uso yo? En mi caso, y me parece que en esta mesa estamos en la misma línea, esta perspectiva la intento aplicar al estudio de la historia política en Chile, algo que quizás se podría escuchar contradictorio con lo que dije antes. Me parece que la historia política chilena, algo que vengo investigando hace unos años, se presta especialmente bien para este tipo de enfoques por muchas razones. La más relevante es que uno puede reconocer una particular sensibilidad, si se quiere, del sistema político chileno en el siglo XX -aunque antes igual se podría decir lo mismo- a corrientes políticas globales u occidentales en general, algo que no siempre se da de manera clara. Si es que hacemos un rápido recorrido a la forma en que se ha ordenado el sistema de partidos y las corrientes en Chile durante el siglo XX podemos observar que en buena medida reflejan y reproducen -con las especificidades del caso- los principales conflictos ideológicos de su tiempo, en Occidente y el Tercer Mundo. En distintas medidas, se han incorporado los conceptos fundamentales de la política mundial, como liberalismo, comunismo, anticomunismo, fascismo, antifascismo, democracia, revolución, república, liberación, igualdad, orden, etc. Ese es el lenguaje con el que se ha constituido la política chilena, producto de conexiones y préstamos anteriores, y que posibilitan a su vez que se produzcan interacciones con realidades políticas de otros lugares. Sus significados se disputan en la interacción entre las luchas políticas lo-

cales y los referentes, redes y conexiones transnacionales entre fuerzas políticas más o menos afines (o sus rivales).

En ese sentido, mi investigación actual quiere responder a la pregunta de por qué Chile se convierte en un símbolo político global en los años 70. En particular, como ustedes sabrán, el golpe, aunque también la Unidad Popular, pero en particular el golpe y la dictadura, remecieron culturas políticas en diferentes lugares del mundo y por diferentes razones. El exilio hace que la política chilena, y que el mismo conflicto político chileno, se globalice. ¿Y por qué esta investigación sería importante? Porque me parece complementaría en aspectos significativos, nuestra comprensión de la dictadura o de nuestra historia reciente, porque es precisamente aquel impacto global el que nos permite entender también por qué el conflicto político al interior de Chile comienza a cambiar, como también lo hacen identidades, lenguajes y conceptos que tienen expresión concreta en actores y conflictos de la época. La hipótesis más general (y provisoria) es que Chile se transforma en un caso emblemático para distintos actores por distintas razones en virtud de que deviene en caso emblemático para conceptos emergentes (o en proceso de resemantización) en los años 70, y que se vuelven fundamentales en los conflictos, dilemas y nuevos escenarios de esa época. Esos conceptos, para el caso de la causa global chilena, serían solidaridad, Derechos Humanos, neoliberalismo y democracia. Es a partir de aquella sincronía en los cambios conceptuales que es posible dar cuenta de las interacciones, para tener una comprensión más acabada y compleja de la dictadura en Chile.

Digamos, para terminar, algo de cada uno de estos conceptos. La noción y las prácticas aparejadas a la *solidaridad* son de larga data, y tiene raíces tanto en el movimiento obrero y la izquierda internacional como en la tradición cristiana (de allí que no haya habido contradicciones o disputas por la categoría entre, por ejemplo, la Organización Latinoamericana de la Solidaridad de matriz revolucionaria cubana como, después del golpe, de la Vicaría de la Solidaridad de la Iglesia Católica chilena). A nivel global, los sucesos chilenos impulsaron un incremento y redefinición de la noción de solidaridad. En muchos casos, las organizaciones, redes y grupos de solidaridad con Chile se montaron en los esfuerzos que se habían hecho en los años 60 con respecto a Vietnam (o, en Europa, contra la dictadura griega). Pero el caso chileno movilizó mayores

y más heterogéneas fuerzas, algunas de las cuales entraron en conflicto precisamente a partir de concepciones distintas de solidaridad: si para algunos la solidaridad tenía que ver con la denuncia internacional y la recepción de exiliados, para otros la solidaridad tenía que ser activa y apoyar la resistencia interna con armas y recursos. Los conflictos entre las izquierdas comunistas y los grupos de “nueva izquierda” en distintas latitudes tuvieron, en muchas ocasiones, ese tipo de fundamentos. Como sea, sobre todo durante los primeros años de la dictadura, la solidaridad no renunció al horizonte revolucionario que había animado a la Unidad Popular y que muchos de los exiliados y sus aliados políticos aun sostenían. La solidaridad, en suma, significó un espacio político y conceptual en el que Chile se transformó en un caso emblemático, y en torno al cual podían activarse (o reactivarse) fuerzas políticas de izquierda y de otras sensibilidades en base al repudio colectivo al autoritarismo, el fascismo y el imperialismo.

Los *Derechos Humanos*, por otro lado, constituyen una de las grandes innovaciones políticas, morales y conceptuales de los años 70. Si bien la formulación oficial existía desde la segunda postguerra -1948, para ser precisos-, no será sino hasta los 70 cuando se transforman en un lenguaje de peso internacional, y que en muchos casos vino a reemplazar a las utopías políticas de distinto signo. No por nada uno de los principales estudiosos de este fenómeno, Samuel Moyn, se refirió a los Derechos Humanos como la “última utopía”, una suerte de horizonte más práctico y apolítico en defensa de derechos mínimos y que vendría a reemplazar los grandes sueños de reestructuración social de matriz desarrollista, anticolonial o socialista. Chile, como es bien sabido, se convirtió desde 1973 en un caso emblemático de este nascente lenguaje político-moral. La interacción sostenida de actores locales y transnacionales (como la mencionada Vicaría, por una parte, y Amnistía Internacional, el Consejo Mundial de Iglesias o la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, entre muchos otros) produjo que Chile fuera objeto de campañas de esta índole y que, al mismo tiempo, los Derechos Humanos se transformaran en el principal lenguaje de oposición interna a una dictadura que no tenía tolerancia alguna con la disidencia expresada en términos explícitamente políticos. Todo ello llevó a movilizaciones que en varios sentidos resultaron inéditas y creativas, desde el Grupo de Trabajo Ad-Hoc sobre Chile en Naciones Unidas, hasta organizaciones de familiares de

víctimas que actuaron tanto en el plano local como en el transnacional en nombre de los Derechos Humanos. Para un conjunto significativo de actores políticos chilenos (dentro y fuera de Chile), los Derechos Humanos se transformaron efectivamente en una “última utopía” en tiempos de represión y emergencia.

En tercer lugar, y como es bien sabido, Chile se constituyó en un caso temprano de reformas económicas monetaristas radicales que después recibirían el nombre de *neoliberalismo*. Todo esto, a su vez, se dio en un contexto mundial de erosión de los consensos económicos de postguerra y de crisis de los Estados de bienestar, allí donde existían. Chile, entonces, se constituyó en un símbolo global para adherentes y detractores del nuevo modelo económico que estaba surgiendo a partir de la política de “shock” que los “Chicago Boys” empezaron a implementar en 1975. Para quienes apoyaban estas medidas -como Milton Friedman, maestro e inspirador de los economistas chilenos, y que además recibiría por entonces el Premio Nobel de Economía-, Chile podía ser un adelanto en la periferia de un futuro regulado por el mercado y con cada vez menos interferencia de un Estado visto como ineficiente e ilegítimo distribuidor de recursos ajenos. Para los detractores -entre los que también se mezclaban organismos de solidaridad y de Derechos Humanos-, las reformas económicas chilenas eran una suerte de “genocidio económico”, como lo denominó Orlando Letelier, pocas semanas antes de que fuera asesinado por la DINA chilena en Washington, Estados Unidos, en septiembre de 1976. Para la propia dictadura, involucrada en los debates económicos de la época, el neoliberalismo se constituyó además en una nueva forma de legitimarse a sí misma. En épocas de crisis económicas mundiales -como la del petróleo de 1973-, Chile se convirtió en un modelo y un anti-modelo que reforzó su carácter de símbolo político global.

Por último, Chile fue también un símbolo global en los debates sobre la *democracia* y la democratización. La democracia, de hecho, es uno de los vocablos políticos más antiguos de Occidente, y sus significados han sido disputados al nivel de que sus acepciones pueden ser contradictorias. El propio Pinochet intentó apropiarse de la legitimidad democrática en el clásico discurso de Chacarillas de 1977, en el que anunció la creación de una democracia “protegida”, entre otros adjetivos, como una forma a la larga frustrada de legitimar en esos términos su dictadura institucionalizada. Más importante aún fueron las múltiples denuncias a la dictadura

por, precisamente, haber destruido la larga democracia chilena y haber instalado una dictadura violenta y represiva como aquellas que en Europa del sur (España, Portugal y Grecia) estaban siendo reemplazadas por nuevas y vigorosas democracias liberales. Fue precisamente en medio de esos procesos y debates que Chile se convirtió en un símbolo para salir de las dictaduras, o bien para evitarlas, como buscaban los acomodados estratégicos del Partido Comunista Italiano bautizado de “compromiso histórico” para acercarse a su eterno rival, la Democracia Cristiana, y así cuidar el orden constitucional italiano, todo lo cual emergería de su lectura de los sucesos chilenos. Hacia finales de la década de los 1970, además, la democracia se transformaría en el gran tema de discusión del exilio chileno y sus respectivos aliados y anfitriones, sobre todo aquellas franjas que empezarían el proceso llamado de “renovación socialista”, y que reemplazarían el horizonte revolucionario por la democratización (y, dentro de ellas, el respeto a los Derechos Humanos).

En fin, podría seguir abundando en detalles de cada una de las dimensiones del asunto, pero imagino que a estas alturas ya quedó más o menos claro. El punto de mi investigación, y las razones de por qué la entiendo como un ejercicio de historia global, es observar a la experiencia autoritaria chilena desde sus conexiones y circulaciones con actores ubicados en distintas latitudes, y que convirtieron a Chile en un símbolo por distintas razones. Más importante aún, esas interacciones fueron también fundamentales para moldear los lenguajes, los actores y los repertorios de protesta al interior de Chile, tanto del régimen como de las distintas oposiciones que empezaron a surgir contra el orden autoritario. Así, las conexiones operan en múltiples sentidos. A través de un ejercicio de investigación de esta naturaleza aspiro a aportar a complejizar nuestra comprensión del período dictatorial (en muchos casos, encerrado en fronteras nacionales), a la vez que dilucidar cómo y por qué razones la experiencia chilena fue clave para redefinir conceptos en distintos lugares del mundo durante los años 70.

